



A primeros de Octubre, encuentro un revisor colosal.

CAPITULO X

Octubre.

En Octubre encuentro entre mis apuntes un revisor colosal, que es uno de los más hermosos tipos que he visto durante todo el año. Toca con la cabeza el techo del carruaje, con los hombros tapa enteramente la puerta y hiere el rostro de los pasajeros con las puntas de unos bigotazos enormes que parecen dos S, de un cartel de techo. Fué carabinero y lo es todavía; sólo ha cambiado de traje: presta su nuevo servicio con iguales modales y con el mismo lenguaje que usaba en el antiguo. Tiene un aspecto terriblemente severo. Cuando se planta

en frente de un pasajero, parece que quiere invitárle á *declinar las de la Ley*, y examina el billete como un pasaporte, y se lo devuelve mirándole fijamente el rostro, como si dijera para sí:

—Este tiene el aire sospechoso.—No habla ni sonríe con nadie. No le he oído pronunciar sino dos palabras que formaban una frase propia de un carabinero.

Dijo bruscamente á uno que estaba de pie en el estribo:

—¡Está prohibido! Sospecho que lleve en el bolsillo su pár de esposas.

Ciertamente, todas sus ideas sociales y políticas están en armonía con su sér visible. Y pienso mirándolo en el gran número de ciudadanos que de su profesión ó estado ú oficio, quedan modelados moralmente como aquellos niños que se hacían crecer artificialmente, ó poco menos, en otras épocas para dedicarles á repugnantes oficios, y viendo con la fantasía las innumerables fábricas de espíritus conservadores que la sociedad pone en movimiento, me digo que han de trabajar mucho y bien las fábricas rivales, para hacer la competencia á una producción tan vasta, que tiene tantos privilegios, y que está tan bien pertrechada.

Apareció á mis ojos por primera vez este revisor Goliath, en la línea de Vanchiglia, una vez que habiéndole hecho esperar un rato el billete que no contraba, me lo devolvió después de un serio examen, fijándome una mirada profunda que parecía decirme:

—¡No te perderé de vista!

En tanto que se volvía le ví detrás de la oreja

una cicatriz: quizá era una cuchillada de algun criminal rebelde. Cuando bajó quedó todavía un momento firme é incommovible como una pilastra en mitad de la calle, mirando con ojos desconfiados el tranvía que se alejaba, como en otros tiempos hubiese mirado un coche celular poco seguro...

**
BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA
Srta. Felicitas Lozoya
PROFESORA DE CANTO.

Después de aquel espantajo, no ví sino gente contenta. Octubre se presentaba bien. Ví primero á mi buen Giors en la línea de Vinzaglio, alegre y fresco como la mañana. Le pregunté en seguida por su mujer. ¡Curada! curada del todo, de pie, trabajadora como siempre y los arrapiezos sanos también, tres sacos sin fondo, una ruina cotidiana. Y sonriendo añadió en un italiano especial suyo una frase proverbial que le había oído ya otras veces:

—Todo va bien, hasta la gran miseria;—y probó de silbar el aire de la *Carmen* sin conseguirlo.

Luego me dió noticias de la *vieja*, y como no comprendiese á quien quería aludir:

—¿No se acuerda? La viejecita de Pozzo de Strada, aquella del soldado de Africa que se puso á llorar al ver el dibujo de la batalla. Está loca de alegría, ¡pobre vieja!

Había subido al tranvía aquella mañana. Tenía otra cara; parecía resucitada; su hijo estaba vivo; le habían mandado del ministerio de la Guerra por el comandante del distrito una cartita arrugada con cuatro palabras del muchacho prisionero, una hoja llegada de allá abajo *de ca de diav* (del diablo), en un gran paquete, con muchas otras cartas que había recogido y enviado aquel sacerdote que mandó el Papa. Parecía fuera de sí, como si hubiera levantado el codo, tan feliz que ensanchaba el corazón ver su alegría. Llevaba la carta en el seno, en un portamonedas de piel, se la había enseñado y la enseñaba á todo el mundo.

—Ha llegado ya la carta pero ¿cuándo vendrá el hijo? ¿Quién lo sabe? ¿Cuándo harán la paz? ¿Sabe usted algo de ello?

—Yo no leo los diarios porque me escuecen los ojos mirando esas palabritas tan pequeñas...—y soltó una carcajada.

Había en el primer banco un vendedor de ostras con el gorro colorado y la canasta sobre las rodillas. Giors empezó á bromear con él.

—Eso es algo para abrir el apetito. ¿No es verdad? ¿No corre ya bastante apetito por el mundo para aguzarlo todavía más con esas diabluras? ¿Qué gusto tendrán esas bestezuelas sin cabeza?

Afirmó que no las había probado en su vida y que aquella mañana sentía un maldito gustito de trabar conocimiento con ellas.

Y diciendo esto se volvía para mirar el canasto con una expresión tan cómica de curiosidad y desconfianza, que el ostrero, riendo, tomó una ostra, la abrió y se la alargó.

Sorbióla Giors y guardándola en la boca como para meditar el sabor, preguntó cuánto valía.

—Ocho céntimos,—contestó el otro.

—¡Demonio!—exclamó él,—¿y tiene valor de hacer pagar tanto un pececillo, una cosa parecida?

Todos los pasajeros rieron y aquella risa le excitó. Dijo que aquella agua amarga verdaderamente despertaba el apetito y que aquella mañana padecería mucho más esperando la hora de la comida. Nos contó que el día anterior en el momento de partir desde afuera de la barrera para la ciudad, había subido una hermosa muchacha que llevaba escondida una pequeña cesta debaja del delantal. Púsose él á bromear con ella y á preguntarle qué era aquello que escondía con tanto afán; pero ella en lugar de reirse se puso muy seria y le dijo al oído:

—¡Cállese que son melocotones!

¡Eran melocotones de Rívoli! Aquí soltó Giors una gran carcajada. Naturalmente se había callado para no hacerle traición. Y cuando el tranvía estuvo dentro de la ciudad, la muchacha le había dado un melocotón un poco picado, fresco y de un olor exquisito que había añadido con gran placer á su colación. ¡Qué fruta tan deliciosa! Nunca desde que estaba en el mundo había tragado un bocado tan exquisito, que le dejó en la boca un sabor perfumado que le parecía estar gustando aún. Y siguió durante un buen trecho cantando las esquisiteces de

la fruta, sin exajerar nunca la nota, con la discreción casi instintiva de un hombre sano de nervios y de espíritu, esparciendo en torno la alegría de su buen apetito y de su buen corazón, y sonriendo con sus blancos dientes el aire fresco de Octubre que acariciaba el rostro de aquel buen hombre...

*
**

Encontré otro ser feliz en la línea de Vanchiglia. Bastó su aire que había cambiado por completo. Era el pobre cobrador á quien hirieron de un garrotazo y que había quedado enfermo de terror crónico. Al ver su rostro pensé que hubiese arreglado el asunto de aquella querella y se lo pregunté. Pasó por su frente como una sombra.

—No, todavía no.

La razón de su contento era otra, y contándome la volvió á iluminarse su rostro. Tres días antes, llegando con el coche vacío á la barrera de Casale, encontró debajo de un banco una cartera de piel envuelta en un trozo de periódico, se la metió en el

bolsillo sin abrirla, y conforme manda el reglamento, la entregó al revisor para que la llevase á la Dirección. Volviendo hacia la barrera, llegado á la plaza de Víctor Manuel, vé correr á su encuentro, con el rostro descompuesto, á un señor gordo, que salta sobre la plataforma y le preguntó con voz de moribundo:

—¿Habéis encontrado...?

Y al oír que le contestaba:

—Sí, la he encontrado...—se dejó caer de golpe sobre un banco con los brazos abiertos, los ojos en alto y respirando anhelosamente.

Acto final:

Comparecencia del señor á la Dirección, interrogatorio y recuento, restitución de la cartera, dando por cierto, según la costumbre, cien pesetas al cobrador.

—Cien pesetas, comprende; un billete colorado, nuevo, flamante; con dos ojos de liebre, que parecía estampado aquel mismo día. ¡Bendito Dios, cuán á tiempo han venido!

Después de aquella desgracia que le había tenido tres meses á media paga, no había conseguido rehacerse; la familia pasaba una vida angustiosa; debían medir el pan para pagar sus deudas y no sabían cómo salir de aquel purgatorio. Y de repente... dijo:

—¡No se puede negar que hay un Dios!

Resplandecía tal contento sobre su rostro pálido y habitualmente marcado con el sello del espanto, que daba piedad; causaba compasión el pensar que cien pesetas puedan operar tal revolución en el alma de un hombre que hasta le haga olvidar el te-

rror de ser asesinado. Hablaba de su fortuna para saborearla mejor. Ya se sabe que en todas las líneas casi cada día se encuentra alguna cosa: pañuelos, llaves, cajetillas de cigarros, cartas amorosas; pero en cuanto á portamonedas el caso es muy raro. ¡Y sin embargo debía acaecerle al hijo de su madre! Me describió la escena de la noche, cuando volviendo á su casa, había desplegado el billete como una bandera ante los ojos de su mujer y sobre la cabeza de los niños adormecidos. La pobre mujer se había echado á llorar y los muchachos se despertaron y empezaron todos á reir y á cantar de contento.

—Pues más alegría habrá todavía en vuestra casa,—le dije,—cuando cobréis las mil pesetas de indemnización que pide la Compañía.

Aquellas palabras le entristecieron y pareció sentir de nuevo el miedo acostumbrado.

—No,—contestó en voz baja,—prefiero no cobrarlas.

Y quedó un poco pensativo. Luego añadió humildemente:

—No hago mal á nadie ni lo deseo para nadie; no creo pues, que nadie desee mi mal. ¿Qué sacarían de hacerlo?

Luego después de una pausa, mirando en torno, dijo con una inquietud que me causó pena:

—¡Cómo se acortan los días!

Pobre hombre, no estaba curado todavía.

*
* *

La tercera persona contenta que advertí, fué un personaje nuevo, un viejo cura que vi salir de la estación de Porta Susa, con la maleta y el paraguas y subir en el tranvía cerrado de la línea de Casale. Del modo como miró la plaza, como leyó el letrero del carruaje, antes de subir, observando todo con una sonrisa de curiosidad y de asombro, imaginé que no hubiese estado nunca en Turín, ó por lo menos que hacía muchos años que no le veía. Tenía el aspecto de un cura de aldea, el rostro colorado, los ojos muy claros, una expresión ingénua y amable, casi infantil. Entró como si entrara en casa de un amigo, sonriendo á todos, como en ademán de dar gracias por la buena acogida, y apenas sentado me preguntó si el tranvía pasaba por la plaza Víctor Manuel.

El tono en que le contesté le hizo trabar en seguida conversación familiarmente. Desde treinta años antes no había estado en Turín, y aquel era el primer tranvía que subía en su vida. Había oído hablar de ellos, pero no podía imaginarlos tal como eran. Se volvía para observar al cobrador y al cochero, las banquetas, los vidrios de colores, los anuncios, y los otros tranvías que pasaban, como si fuese un muchacho. Me recordó á otro sacerdote que años antes en el puente del Pó había manifestado igual asombro al ver el *Angel Broferio* que era el primer barco de vapor que hubiese visto.

—¡Mire! Mire! ¿Y para cuando quiere verdad? ¿Y cada calle tiene el suyo? ¿Y va así por todas partes sobre los carriles como un tren?

Cuando el tranvía se ponía en marcha daba señales de una viva satisfacción.

— Tiene buen movimiento... sin sacudidas... corre mucho... es una gran cosa, verdaderamente una gran cosa. Ahora dicen que se irá en el eléctrico... será maravilloso... son cosas que da gusto verlas!

Y sonreía en torno, mirando á los pasajeros, como si fuesen compañeros de un largo viaje, des conocidos todavía pero con los cuales debiese trabar conocimiento muy pronto; dió las gracias al cobrador cuando le dió billete, admiró durante unos momentos el mecanismo de la campanilla, y cuando me levanté para bajar en la plaza Solferino, se levantó el también, haciéndome un signo con la cabeza, como un conocido y volvió á sentarse visiblemente contento de no tener que bajar todavía y de poder estar aun un rato entre aquella «distinguida concurrencia» que se burlaba de la sonrisa amable con que él respondía á su sonrisa burlesca, creyéndola un signo habitual de la exquisita cortesía ciudadana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, N. L.

Pero también la «distinguida concurrencia» daba motivos para que se riera de ella. Encuentro entre mis notas este nombre: *Galileo Ferraris*. Recuerdo un trayecto hecho con él, durante un trozo

del camino Margarita. Los periódicos habían publicado aquellos días la propuesta hecha por la Sociedad, al Municipio, para la instalación del tranvía eléctrico, y entre los pasajeros se oían sabrosas conversaciones acerca de tal tema. De fijo que hubiesen sido más prudentes las dos elegantes tenderas ó modistas que hablaron durante cinco minutos, si hubiesen sabido que aquel guapo señor moreno y pálido, de dulce sonrisa y ojos medio entornados, que estaba un poco inclinado para escuchar su conversación sin hacerse notar, era un electricista de fama universal. La más joven con su sombrero coronado de magnolias, juraba que jamás pondría los pies sobre un tranvía eléctrico, é interrogada por la otra, que quería saber el por qué:

— ¿Que por qué? ¿Y si se rompe el hilo? ¡Todo va por el aire!

Pero la amiga no se asustaba de aquel riesgo: era otro el peligro: había oído decir que si por casualidad, subiendo ó bajando, se tocaba á la cajita donde están «guardadas las chispas» se recibía una sacudida que le tiraba á uno al suelo como si hubiese recibido un pistoletazo. ¡Cuánto debía divertirse el buen Ferraris, alisando la negra barba con su pequeña mano femenina! Pero no era esa la cosa más graciosa que hubiese oído durante aquellos días. La noche anterior en la línea del Martinetto había oído á un viejo que hacía los más negros augurios sobre aquellos hijos que estaban á punto de tenderse al lado de que ya corrían entre casa y casa, los cuales saturando la atmósfera de electricidad eran la causa de tantos trastornos nerviosos, de tantas enfermedades mentales, de la extravagancia

de ideas, y de la audacia loca de los partidos extremos por los cuales el mundo se estaba convirtiendo en un infierno. No podía darse cosa más extraña que oír en la ciudad más culta de Italia, acerca de las maravillas de la ciencia, fuerza y gloria de una civilización que á todos alienta, los mismos ó parecidos despropósitos que podrían oírse á orillas del Victoria Nyeuze, ó entre las selvas del gran Checo.

—Bah,—concluyó la modista más joven,—no saben ya qué inventar para quitarnos la vida.

—¡Magnífico!—dijo Ferraris.

Aquella se volvió y al ver aquel señor moreno que pareciendo más inteligente que ella, daba á entender que compartía su juicio, le dirigió una sonrisa de simpatía y gratitud.

*
**

Encuentro entre mis notas sobre los «fenómenos de electricidad erótica» que voy á transcribir. ¿Es la proximidad que se siente en el aire de que va á acabar la expansión del sentimiento, es el pensa-

miento de que este es el último mes de las jardine-
ras tan propicias para observar el bello sexo por lo cual se nota en los ojos de los eróticos una intensidad de mirada, una fijeza de contemplación, una languidez voluptuosa más viva que en los días de los grandes calores? Curiosísimo es el tipo que pude observar esta mañana en la línea de Madona Cristina: un caballero correctamente vestido, con lentes de oro y una barba de sultán, pálido y serio como un Hamlet maduro; que estando de pie en el fondo de la jardinera con un hombro apoyado á la columna, que á cada señora que bajaba y subía por aquella parte adelantaba el busto y la cabeza como para saber de qué zapatería provenía su calzado, pero su movimiento era apenas perceptible y únicamente lo advertía yo porque se lo veía preparar con un movimiento del pie sobre que debía apoyarse cada vez que por aquel lado de calle sonaba un *alto* femenino.

Aquel acto repetido de curiosidad sexual, infantilmente disimulada, formaba un contraste altamente cómico con la gravedad casi trágica de su rostro barbudo, más cómico todavía al imaginar que sin un rayo del sentimiento que experimentaba, lucía en sus ojos grises y mudos como si fuesen de cristal. ¡Ah, si fuese posible penetrar con la mente á través de tantos rostros graves, fríos, inocentes ó indiferentes en apariencia, qué monstruoso entrecruce de pensamientos y propósitos, bien diversos de lo que las máscaras dejan suponer, podría descubrirse!

Veo un rostro acentuado. Es el de la «virgen muerta» que subió en el paseo Valentino, por lo

cual los lentes de oro se lanzaron hacia adelante como para las otras; un rostro tan blanco, tan puro, tan virgíneo, que hubiese hecho jurar que no podía nacer ni la sombra de un pensamiento malo detrás de aquella frente y que no hubiese podido ruborizarse, si hubiese sabido que la mirada de aquellos lentes veía á través de sus ropas su desnudez. Como de costumbre se volvieron todos para mirarla, pero tampoco su rostro de mármol cándido, dejó temblar un músculo, lucir una mirada. Sin embargo, cuando estuvo sentada, cosa insólita, volvió la cabeza á diestra y siniestra, con rápido movimiento, como si buscase por la calle alguien de quien sospechara haber sido seguida...

*
*
*

Hice acerca de los eróticos algunos días después, esta otra observación: que se pueden inscribir entre los de su familia casi todos los barrigudos, los cuales, no obstante el peso de los años y de la barriga, que debería hacerles prudentes, se exponen

á cada momento á ir á la cama por cuarenta días, subiendo al tranvía mientras corre. La mayor parte, en efecto, suben por las mujeres. ¡Eh! Eh! ¡Tengo cincuenta años y ved qué ligereza! Es divertido estudiar aquellos extraños campeones. Por parte de algunos, que las realizan con desenvoltura, la proeza hace efecto, pero para muchos otros pierde toda virtud de seducción por la mirada ansiosa que fijan en el punto de mira, por los movimientos descompuestos de la sacudida, por el espanto que expresa su rostro, por el peligro corrido y por lo que tardan una vez sentados en dar equilibrio estable á su persona, soplando como focas; esto cuando no caen de cualquier modo sobre el banco, agarrándose al momento como á una cuerda de salvamento, con el sombrero derribado á un lado y la peluca descompuesta por otro. ¡Ah, viejos pecadores impenitentes y temerarios! Pero si en el tranvía no hay mujeres, no hay cuidado de que suban sin parar. Se alaban noblemente entre ellos, y están celosos del salto más ligero de los jóvenes. Ví uno de esos actos en la línea de la calle Cernaia. Uno de estos viejos acróbatas galantes con panamá y chaleco blanco, que parecía teñido con tinta china, había hecho su prueba en la plaza de San Martín. Poco después, en tanto que el tranvía corría á todo correr, un joven delgado y rubio, muy bien vestido, saltó á su vez, pero desde tres pases lejos y sin agarrarse á los montantes; fué un verdadero salto de maestro. Aquello no era sino la primera prueba. Pasado el paseo Siccardi saltó, corrió á un bonco, tomó un periódico, atrapó al vuelo el tranvía y saltó como la primera vez. Las señoras se volvieron á

mirarlo. En el cruce de la calle de Santa Teresa, saltó de nuevo, corrió hacia un buzón de cartas, echó dentro una tarjeta, y después una corridita, un salto y hele otra vez de pie sobre la plataforma. Se levantó un murmullo de asombro. Las señoras estaban admiradas; nunca se había visto una cosa igual. Pero el hombre del panamá, celoso, rompió el encanto. Se inclinó un poco hacia la señora que ocupaba el primer banco y le dijo á media voz:

—Es Tony, de la compañía ecuestre del Balbo, aquel que salta ocho caballos. Luego añadió, encojiéndose de hombros:

—¡Vaya una gracia! ¡Es su profesión!

Dijo esto y después de haber balanceado un poco el pie fuera del estribo, se dejó caer al arroyo, con elegante descuido, ya vengado.

*
**

Uno que no salta nunca es el caballero Bicchierino. Le ví subir al día siguiente á la jardinera de la calle Garibaldi, mientras estaba yo en la plataforma trasera con el latonero, que vestía un traje de

trabajo y llevaba un largo trozo de cañería de gas arrollado, bajo el brazo. Circunspecto y cuidadoso en todo, hizo parar levantando y bajando tres veces el bastón como un tambor mayor, y no subió hasta haber visto que los caballos estaban parados del todo y no se sentó en el último banco sino después de limpiarle cuidadosamente con su pañuelo. Después para arreglarse un poco la ropa descompuerta por la subida, movió la cabeza y los hombros á uno y otro lado como hace la gallina para arreglarse las plumas, y cumplida aquella operación, no se movió más.

Quería el destino que no pudiese nunca conquistar por entero su corazón. El latonero con su seriedad y lentitud acostumbradas de pensador, había arreglado un discurso acerca de las nuevas funciones de los Municipios en Inglaterra, de lo cual se ocupaba desde hacía algún tiempo en las horas rotadas al sueño, con la diligencia que le era propia, recortando noticias de los periódicos y transcribiendo períodos de revistas en su gran *vademecum* de conferenciante. Interrumpióse un instante para presenciar la operación de sentarse aquel caballero desconocido y añadió después:

—Cuando lo decimos nosotros parecen cosas del otro mundo. Pero el Municipio de Rizminghan, por ejemplo, cuando habrán pasado los setenta y cinco años, por los cuales dió en enfiteusis á los empresarios el terreno para la construcción, será el amo de todas las casas construídas con un rédito anual de 2.500.000 pesetas. Este es el primer paso por la

via que conducirá el Municipio á ser como el director de una gran empresa cooperativa, de la cual cada ciudadano será un accionista...

Un movimiento lijerísimo del hombro del caballero, me advirtió que había oído las últimas palabras y una inclinación apenas visible de su cabeza me advirtió que continuaba escuchando.

El latonero, acariciándose la barba con la mano negra de polvo, continuó hablando á media voz.

—Un gran número de ciudades inglesas habian convertido en servicios municipales con plena satisfacción del vecindario los de agua potable, gas alumbrado, recabando beneficios enormes y rebajando los precios. El Municipio de Glasgow habla anunciado también la explotación de los tranvías, reduciendo el horario de los empleados, aumentando los salarios y estableciendo los trayectos de cinco céntimos por media milla, obteniendo ingresos muy superiores al canon que le pagaban antes las sociedades particulares.

Toda la desaprobación que sean capaces de expresar la nuca y la espalda de un ciudadano, las vi retratadas en el aspecto posterior del caballero Bicchierino al oír aquellas palabras; el latonero continuó insistiendo en el ejemplo del Ayuntamiento de Glasgow, que desde hace algunos años ejerce con ventaja propia y del público otras funciones más privadas aún. ¿Por qué el Municipio no podría encargarse de hacer lavar toda la ropa blanca?

Este último golpe fué demasiado para el caballero que se volvió, mostrando en los ojos desmesuradamente abiertos y en su boca asombrada, toda estupefacción que puede contener una alma humana.

Dió una mirada al orador y otra á mí que parecia aprobarle, y en aquella mirada lei mi sentencia. Un hombre que escuchaba aprobando las tales extravagancias y despropósitos, absurdos tan locamente ridiculos, no podia ser sino un insensato merecedor de la compasión más profunda; bien se le podia perdonar que encontrase estrecha la calle Garibaldi y que cortase el *Pópolo* con los dedos. Y del modo como volvió el busto y tomó su primitiva postura, comprendí que no me quedaba ninguna esperanza, ninguna de merecer estima.

*
*
*

Hice un trayecto desgraciado pocos días después; el 22 si no recuerdo mal. Observaba en uno de los jardines del *Foro Boario* á dos caballeros que mantenían una conversación animada, cuando aquel instinto misterioso que anuncia la presencia de un enemigo, me hizo volver el rostro hacia atrás, y reconocí los ojos malévolos de Guyot, el cual discutía en voz baja con un grueso señor medio dor-